



EL TESORO
PERDIDO DE LA
INDEPENDENCIA

NARIÑO



General Nicacio de Jesús Martínez Espinel
Comandante Ejército Nacional

Mayor General Wilson Neyhid Chavez Mahecha
Comandante Tercera División

Coordinación del proyecto:

Jesús Iván Sánchez Sánchez.

Diseño gráfico y diagramación

Vicente Bastidas Urrutia.

Asesoría pedagógica

Alejandra Villamuez.

Colaboradores

Acuarelas:

Santiago Paz.

Investigación y creación literaria:

María Camila Muñoz Pino.

Agradecimientos

Alexandra Collazos Ortega.

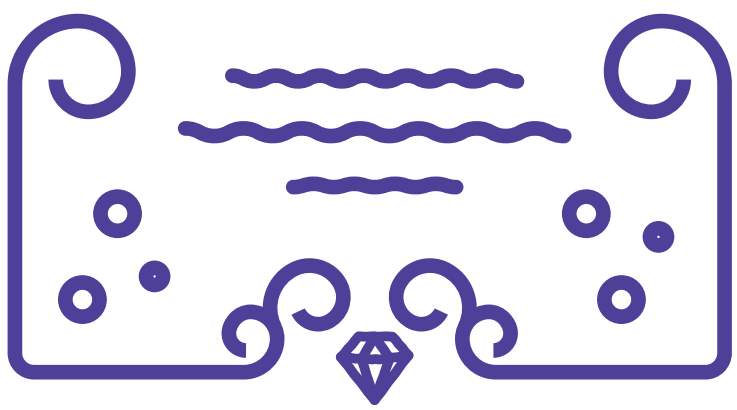
Directora

GUILLERMO
CASA
MUSEO LEÓN
VALENCIA

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito del Ejército Nacional. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



EL TESORO
PERDIDO DE LA
INDEPENDENCIA



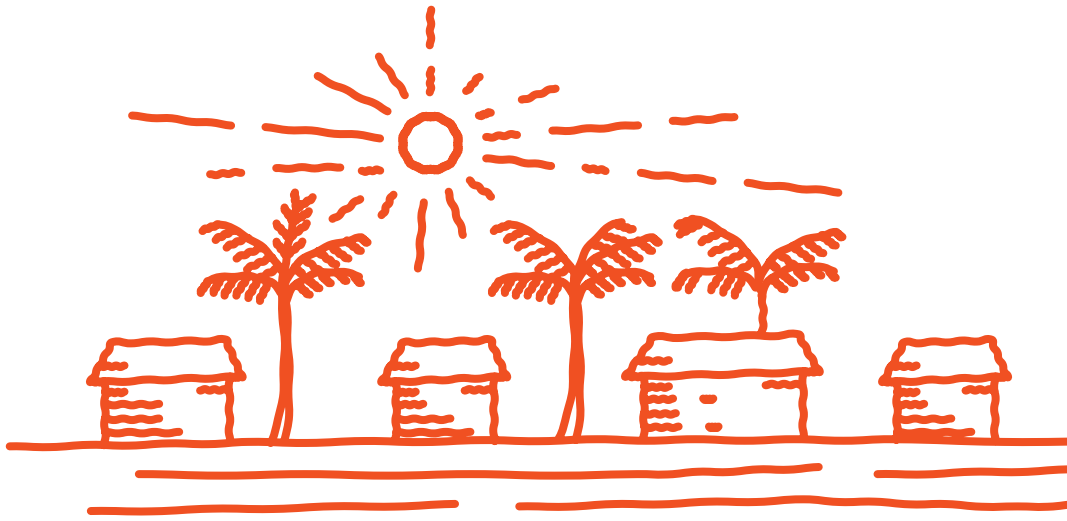
BARBACOAS





Hace mucho tiempo, en un lejano rincón del gran Imperio Español en el que el sol brillaba todo el año sin par, se presenció algo de lo más curioso.

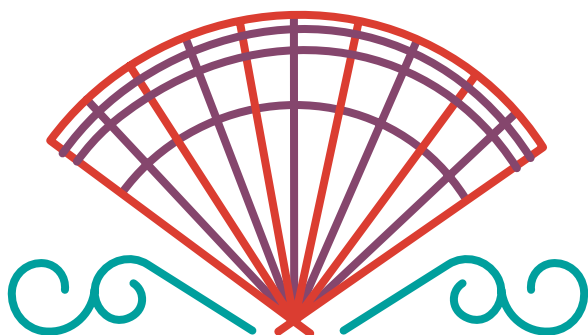
En ese entonces, la ciudad de Barbacoas era un lugar aislado e indómito, a las orillas del majestuoso río Telembí que corría libremente a besar el Océano Pacífico. En aquél sitio, la luz del sol bañaba todos los días la inmensa selva y la zona había sido ricamente bendecida con minas de oro y gemas.



De la ciudad de Pasto al retirado sitio, había dos semanas a lomo de mula o de caballo, o tres si se iba a pie. Es que jamás se pudo hacer un camino decente hacia la sierra, y los comerciantes y los chasquis, que eran indios de pies veloces que llevaban carne, tabaco y aguardiente al lomo desde lo alto de las montañas andinas, caminaban fatigados ocho días desde Túquerres a Barbacoas, en un camino complicado por el fango y las altas temperaturas.



La plaza principal constaba de un largo solar con la tierra expuesta, una iglesia con campanario y un árbol de machare polvoriento que daba sombra a los caminantes. El rutinario lugar era el más grande de la costa pacífica, y sus habitantes de todos los colores, es decir, negros, indios, mulatos y mestizos trabajaban al servicio de las familias de las élites de Popayán, Pasto y Quito que tenían minas en la región. En ellas, las manos esclavas y libres trabajaban días y días extrayendo el preciado metal de las aguas.



Así transcurría la vida, los pocos blancos que nacían o llegaban a Barbacoas se quedaban un par de meses en las casas de dos pisos cerca a la plaza principal. Se sentaban en los balcones viendo hacia la playa del río, con una copa de fresco de naranja o de aguardiente en la mano y un abanico en la otra, mientras recitaban recuerdos de las pomposas vidas que el oro de Barbacoas les había permitido tener.



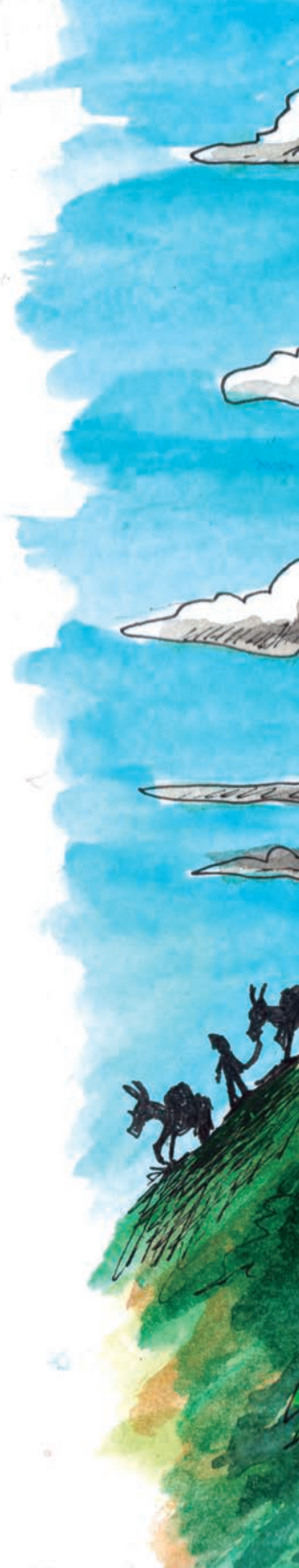
Doscientos años en los que la tranquilidad, la zozobra y el retiro se habían instalado en la vida de aquél sitio por la lejanía de las principales ciudades del Virreinato.



Las pocas noticias que llegaban, más allá de las cartas de familiares acostumbradas, se tardaban tres meses o más en arribar. Por eso, nadie imaginó que, poco después que en 1811 el emperador Napoleón Bonaparte destronara al Don Fernando VII, una fila de 70 mulas llegara a aquél recóndito lugar con arcas repletas de lingotes de oro amarradas al lomo. Todo aquello enviado por el gobernador Don Miguel Tacón y Rosique, bultos con casi 375 mil pesos en lingotes apilados uno sobre otro.

Era, en definitiva, un gran tesoro forjado en meses y meses de impuestos a las provincias cercanas a Popayán.

Aquella fortuna había sido robada por el desesperado Gobernador realista, quien temiendo perder el valioso caudal había cargado 100 mulas y las había enviado a Pasto y a Barbacoas, con el plan de llevarlo por mar a Cartagena de Indias, y de ahí, a Sevilla para apoyar la causa del Rey. Sin embargo, perseguido y asediado por los patriotas de las Ciudades Confederadas del valle por un lado y por la Junta de Quito en cabeza del Conde Ruíz de Castilla por el otro, había buscado refugio en la ciudad de Pasto y traído consigo una cuarta parte del tesoro.









Tras su rastro partieron rápidamente los pastusos, quiteños y patriotas por igual. La Junta de la Provincia de Popayán envió a Joaquín de Cayzedo y Cuero a buscarlo y traer de regreso el valiosísimo botín. Todos y cada uno de ellos buscaron como perros de caza las huellas de Tacón y Rosique por los ríos y caminos de la selva, pero todo rastro se disolvió como espuma en el mar. Incluso los mineros del Pacífico estuvieron tras él.



Pero nadie lo alcanzó.



Apenas las mulas llegaron a la plaza de Barbacoas, todo el mundo se amontonó a ver tan extraño espectáculo en función. Las caras sorprendidas y llenas de curiosidad veían a las mulas que pisoteaban y alzaban un nubarrón de polvo rojizo, que solamente el viento de agosto lograba levantar. Un hombre corpulento, de piel canela, levantó el puño en medio de la multitud con una carta en la mano mientras exigía la presencia del cabildo del poblado. La alharaca y el bullicio fue tanto que las autoridades del sitio no tardaron en llegar.







Don Francisco Antonio de Sarasti, autoridad de Barbacoas, entró corriendo en la plaza, acomodándose la levita apenas estuvo frente al corpulento mestizo de ojos marrones. Ni los que estuvieron más cerca de los dos hombres pudieron escuchar qué susurraron, pero la orden de la autoridad no se hizo esperar.





Sarasti mandó a llamar a 5 cuadrillas de 20 esclavos de inmediato y mandó a los barqueros a alistar las largas balsas de mangle. A las mujeres las mandó a recoger provisiones, y a traer antorchas y mantas para los guardianes de las arcas.



Nadie sabe con exactitud qué sucedió con tan numeroso tesoro. Los ancianos relatan aún que a ese oro se lo tragó el mar, junto con armas traídas de Guayaquil, pues todo fue hundido en **la batalla naval de Iscuandé**. Otra versión

cuenta que las cuadrillas de esclavos encargados de subir las arcas a las balsas lo ocultaron y se perdió en la selva. Sin embargo, nada fue igual desde ese día para la solitaria Barbacoas, que nunca más halló paz, asolada por las conspiraciones políticas, el ansia de oro y el abandono.





HISTORIAS DE LA INDEPENDENCIA DEL SUROCCIDENTE COLOMBIANO

~ 1809-1824 ~

Es un material didáctico para niños, niñas y jóvenes de instituciones educativas, el cual se realiza en el marco de la conmemoración de la creación del Ejército Nacional y de la Batalla de Boyacá, efectuada el 7 de agosto de 1819, gesta heroica y militar que garantizó el éxito de la Campaña Libertadora de la Nueva Granada.

Como consecuencia directa de este enfrentamiento se desarrollaron otros, como la de Bomboná (7 de agosto de 1822), Pichincha (24 de mayo de 1822) y Junín (6 de agosto de 1824), que marcaron la historia, pero de paso, convirtieron al Ejército en la institución que ha enfrentado guerras civiles, guerras internacionales y amenazas internas desde el siglo XIX, siempre fiel a los designios constitucionales y en total apoyo a los intereses del pueblo colombiano. Por este hecho tan importante para la historia del país, el 7 de agosto fue declarado como el Día del Ejército Nacional, que año tras año conmemora su aniversario y ratifica ser un Ejército victorioso, preparado, capacitado, que se encuentra equipado y listo para cumplir con su misión constitucional. En este sentido el presente trabajo, busca responder y generar nuevas preguntas por esas otras “independencias” y rescatar la participación de diferentes actores como mujeres, indígenas, afrodescendientes, campesinos, en la Gesta Libertadora.

De esta manera, nos unimos a la celebración del Bicentenario con el fin de que los estudiantes, docentes y comunidad en general puedan conocer el pasado y desde allí generar un sentido de pertenencia y una cultura ciudadana.

